

La hermana, la extranjera

Audre Lorde

Artículos y conferencias



Una colección de quince ensayos escritos entre 1976 y 1984 da voz clara a la persona literaria y filosófica de Audre Lorde. Estos ensayos exploran e iluminan las raíces del desarrollo intelectual de Lorde y sus profundas y antiguas preocupaciones acerca de las formas de aumentar el empoderamiento entre las escritoras de minorías y la absoluta necesidad de explicar el concepto de diferencia —diferencia según el sexo, la raza y el estatus económico—. El título *Sister Outsider* tiene su origen en su colección de poesía *The Black Unicorn* (1978). Estos poemas y los ensayos de *Sister Outsider* hacen hincapié en el tema de la continuidad que Lorde suele plantear, especialmente en el vínculo geográfico e intelectual entre Dahomey, África, y su nuevo yo.

Nota a la edición española

La traducción del título original de este libro, *Sister outsider*, nos sumergió en un mar de dudas por la gran multitud de posibilidades: *Hermana rebelde, hermana fuera de orden, hermana de la otra orilla, hermana de los márgenes...* Como en tantas otras ocasiones, acudimos a la red de mujeres que rodea y apoya a la editorial. Así apareció el título ideal, sugerido por la historiadora Ma. Milagros Rivera, no solo porque respeta la idea del título en inglés sino porque recoge el espíritu libre, rotundo, insustituible, de los textos que componen este libro.

La hermana, la extranjera es el título de la obra de otra poeta, María-Mercé Marçal, publicado en 1985 por *Llibres del Mall* en su Barcelona natal y reeditado en 1995 por *Edicions 62*, con el título original *La germana, la extranjera*.

Otro de los cuidados que ha recibido esta edición es una revisión completa, intentando recoger todo lo aprendido de lecturas y debates con mujeres que han iluminado una y otra vez nuestras mentes y corazones.

La intensa actualidad que mantiene el pensamiento de Audre Lorde lo merecía y sabiendo que este libro iluminará mentes y corazones, no nos queda más que agradecer a todas las mujeres que han contribuido a la publicación de este libro y celebrar esta obra con sus primeras líneas:

La calidad de la luz con la que observamos nuestras vidas tiene un efecto directo sobre la manera en que vivimos y sobre los cambios que pretendemos lograr con nuestro vivir.

Prefacio

Antes de iniciar la lectura de sus poesías en la Universidad de Stanford, hablando de una forma en parte similar a la de Virginia Woolf en las conferencias que dieron origen a su obra más celebrada, *Un cuarto propio*, Audre Lorde dijo: «Soy una feminista negra lesbiana guerrera poeta madre que hago mi trabajo». Y añadió: «¿Quiénes sois vosotras y cómo hacéis el vuestro?». En *La hermana, la extranjera*, Audre Lorde explora ensayos, discursos y una entrevista con Adrienne Rich las vivencias entrecruzadas del sexismo y el racismo, lo erótico como poder, la poesía como necesidad y nunca como un lujo o las relaciones amorosas entre mujeres, con intensidad y clarividencia, desnudando su intimidad con una fuerza poética de tal luz que cambiará la manera en que vivimos y los cambios que pretendemos lograr con nuestro vivir.

La publicación en castellano casi veinte años después de su aparición en inglés de los ensayos de Audre Lorde *La hermana, la extranjera* nos enfrenta al desconcertante hecho de su estremecedora vigencia. El feminismo lésbico de Lorde tal vez pueda ser cuestionado o revisado hoy en algunos de sus presupuestos pero sin duda se encuentra en la génesis misma de lo *queer* como exploración de la diferencia desde distintos ángulos y reivindicando la toma de la palabra de los que están al margen. No olvidemos que el título original del libro es *Sister, Outsider* que puede traducirse también, como se apunta en el prólogo de esta cuidada edición, como *La hermana, la rebelde*, *La hermana, la*

marginada o *La hermana, la fugitiva* entre otras muchas acepciones de lo *outsider*, un término que no está tan lejos de lo *queer* en su exploración y relectura de los márgenes.

Lorde indaga en el terreno de la raza, el género y la diferencia erótica para no dar conclusiones tranquilizadoras. La autora reivindica la subjetividad de los marginados o excluidos por diferentes regímenes de opresión en los que se interrelacionan la homofobia, el racismo, el clasismo y el machismo. Lorde nos invita a entrar en *La casa de la diferencia* como línea de fuga y enriquecimiento para los que han abandonado o no están cómodos en *La casa del amo*. Se hace eco de las polémicas presentes en los diferentes grupos, criticando el machismo y la homofobia del movimiento negro masculino pero cuestionando también el heterosexismo y el racismo presentes, en ocasiones, en el movimiento feminista blanco y académico. Se adelanta a su tiempo al hacer reflexiones sumamente profundas sobre temas como la maternidad lesbiana, las relaciones entre la política, la economía y la salud de las mujeres y las limitaciones del mundo académico como espacio de reivindicación y denuncia. Entabla un interesante diálogo con otra feminista lesbiana escritora y madre de tomo y lomo como Adrienne Rich y explora sus inseguridades personales y políticas como espacios de recreación y cambio de la identidad.

Esperemos que esta traducción de *La hermana, la extranjera* sirva para que comiencen a traducirse otros textos de esta autora injustamente ignorada por el mercado editorial en lengua castellana. Su biografía *Zami*, un hermoso testimonio de su infancia, adolescencia y despertar de la conciencia en la juventud, y su obra poética permanecen todavía inéditos. Con las herramientas de la diferencia y el lenguaje de la acción Lorde emprendió a su modo, la tarea de desmontar la casa del amo, indagando en sus pliegues, denunciando su injusticia y desenmascarando su silenciosa violencia.

Introducción

Leer a Audre Lorde es descubrir asombradas a la otra que todas llevamos dentro y que es fuente a la vez de dolor y de fortalecimiento. Mi primer contacto con Audre Lorde fue la lectura de su ensayo «La poesía no es un lujo», incluido en la presente obra. Me impresionó su honestidad y su fe en la poesía como terapia, como iluminación de los recovecos del yo, de la pluralidad de identidades. Como casi todos las y los poetas, Lorde quiere nombrar lo que todavía es una masa informe de sentimientos y experiencias. La palabra poética va más allá del placer estético y puede surgir donde otros lenguajes se callan: en esos lugares íntimos del yo donde se forman los temores, silencios y esperanzas y que constituyen para Lorde reservas de creatividad y poder. La palabra poética puede destilarlas y, a partir de ahí, convertirlas en ideas y en acción, porque para Lorde, la poesía puede cambiar las vidas y, sobre todo, las vidas de aquellas que siempre han estado marginadas. Lorde escribe para todo el mundo, pero se dirige con especial atención a las mujeres negras, pues, como mujer negra que es, nuestra autora desea mejorar las situaciones de opresión en la que muchas viven su existencia en todo el mundo.

Lorde nos hace sentir que no podemos vivir nuestras vidas renunciando a la exploración de nuestros sentimientos más profundos porque eso supondría andar mutiladas y de espaldas a lo que, según Lorde, es nuestra reserva de creatividad, de conocimiento profundo, y que puede convertirse en motor de nuestras acciones. Lo que no se explora,

permanece oculto y no puede ser ni utilizado, ni contrastado, ni comprendido. Por eso, la poesía es una necesidad, no un lujo, siempre que parta de una honesta exploración de los sentimientos. Honesta, porque no se trata de articular un yo visionario sino de poder enfrentarnos y compartir tanto nuestros miedos como nuestras esperanzas.

Audre Lorde es una completa desconocida para el gran público en España, sin embargo, en su país natal sí ha alcanzado un merecido reconocimiento, como prueban los premios recibidos a lo largo de su vida y la publicación de sus poemarios en editoriales comerciales como Norton. La traducción al español y la publicación de la presente colección de ensayos *La hermana, la extranjera* (*Sister Outsider*, 1984) constituye un paso fundamental para la difusión de las obras de Audre Lorde en España. Hija de inmigrantes caribeños, Audre Lorde nació en Nueva York en febrero de 1932. Creció y se educó en Harlem y en 1959 se licenció en Hunter College, Nueva York, donde posteriormente impartiría clases. El año 1968 fue fundamental para Lorde porque, tras disfrutar de una beca en Tougaloo College (Mississippi), decidió orientar su vida hacia el activismo social, la enseñanza y la escritura. Ese mismo año se publicó su primer libro de poemas, *The First Cities*, al que seguirían entre otros *From a Land Where Other People Live* (1973), *The Black Unicorn* (1978), *Our Dead Behind Us* (1986) y *The Marvelous Arithmetics of Distance* (1993, póstumo). Aunque Lorde se considera fundamentalmente poeta, también escribió obras en prosa como la autobiografía *Zami: A New Spelling of My Name* (1982). Uno de los hechos más dolorosos de su vida fue la aparición de un cáncer de mama en 1978. Su lucha contra dicho mal y sus reflexiones sobre la influencia de esta enfermedad en su identidad y vida diaria quedaron reflejadas en *The Cancer Journals* (1980). Audre Lorde viajó por todo el mundo dando conferencias, participando en veladas poéticas e impartiendo clases. Desde 1987, la autora pasaba la mayor parte de su tiempo en las

Islas Vírgenes (EE. UU.); en cuya capital, St. Croix, falleció en noviembre de 1992.

La obra que la lectora tiene entre las manos, *La hermana, la extranjera*, se publicó en 1984. Se trata de una colección de ensayos, discursos, fragmentos de los diarios de la autora y una entrevista, abarcando un período que va desde 1976 hasta 1983. Las distintas piezas en prosa aquí reunidas presentan aspectos relevantes en la trayectoria de Lorde como poeta y como mujer activista, lesbiana, negra y madre de dos hijos. La autora reelabora temas que ya habían aparecido en su poesía, como el concepto de la diferencia y la opresión («Arañando la superficie: apuntes sobre las dificultades del amor entre mujeres», «Edad, raza, clase y sexo: las mujeres redefinen la diferencia»), la necesidad de la propia definición y de romper el silencio e invisibilidad en todo lo referente a sí misma y su preocupación por la represión como medio de control («La transformación del silencio en lenguaje y acción», «Usos de lo erótico: lo erótico como poder»). Otros ensayos hacen referencia a viajes («Apuntes de un viaje a Rusia», «Retorno a Granada: un informe provisional») y la entrevista con Adrienne Rich muestra los estrechos vínculos personales y profesionales entre ambas.

Esta obra es un ejemplo más del miedo que Lorde tenía al silencio. Prefería ser malinterpretada, criticada e incluso vilipendiada a callar, ella, que era lesbiana en una sociedad que mira con recelo a la homosexualidad y negra en una sociedad racista. Podía haber decidido vivir su vida sin llamar la atención, sin compartir sus sentimientos y sus reflexiones. Sin embargo, en su juventud, Lorde no encontraba consuelo ni en el arte ni en la literatura, pues por ningún sitio veía reflejadas las situaciones de discriminación y opresión sufridas ni el dolor que le causó la ausencia de diálogo familiar en torno a la raza. Para salir de esta pesadilla, decidió escribir sus propios poemas. La poesía le ayudó a adquirir un compromiso consigo misma y su propia integridad

mental y personal. La hermana, la extranjera nace del mismo lugar que sus poemas: de una mirada introspectiva que se proyecta de dentro hacia fuera y que ansía el intercambio, el roce, la dialéctica, la incomodidad, la sinceridad por dura que sea, todo menos el silencio cómplice con la opresión y sinónimo de la muerte en vida.

Lorde comprendió pronto que el silencio no protege y este entendimiento fue dolorosamente confirmado cuando se le diagnosticó un cáncer de mama. La muerte, el silencio final, le acechaba. Como nos cuenta en «La transformación del silencio en lenguaje y acción», Lorde realizó una travesía en el desierto tras serle diagnosticada la enfermedad. Se vio forzada a revisar toda su vida, sus expectativas, sus miedos. Más que nunca, la autora se dio cuenta de que el silencio sobre su enfermedad no la iba a salvar, al contrario, el compartir sus propias vivencias sobre el cáncer podría convertirse en una terapia al tender puentes con otras personas en la misma situación. No obstante, hacer visible la enfermedad suscita sentimientos de miedo al qué dirán, a la censura, a haber roto el decoro por hablar de temas desagradables. Lorde sintió el miedo y la vulnerabilidad, pero concluye que ocultar su experiencia para minimizarlos no la libra de ellos. Su articulación, sin embargo, conduce a la fortaleza, no a la mera supervivencia.

La hermana, la extranjera ejemplifica esta filosofía de Audre Lorde de romper el silencio y los tabúes sobre muchos aspectos de su propia vida, sobre la experiencia vital de las mujeres, y en especial, de las mujeres negras. Esta obra respira vitalidad, valentía y también humanidad a raudales. No estamos ante una heroína, sino ante una persona que a base de honestidad y coraje se ha aceptado a sí misma como mujer negra y lesbiana y que desea no solo sobrevivir sino ser feliz. Podría Lorde haber permanecido en su parcela privada, sin complicaciones, disfrutando de su pareja y de sus hijos, sin embargo, estos ensayos muestran que la autora cree que lo personal es político y lo pone en

práctica. Para ella, pues, la necesidad de cambios sociales y colectivos nace de la experiencia de esa misma necesidad en el ámbito de lo privado y personal.

La mayoría de estos ensayos son conferencias y, por lo tanto, interpelan directamente al público que se encontraba escuchándolas. Como lectoras, podemos sentir ese interés de Lorde por ir del yo al nosotras. No se trata de sesudas reflexiones escritas para un público imaginario, al contrario, Lorde nos convence de que ha pensado en mí, en ti, en nosotras al escribir sus palabras. No cree poseer la exclusiva del dolor, de la opresión, del sentimiento, de la fortaleza, ella siempre intenta compartir y conectar. Tanto en sus crónicas de viajes como en sus entrevistas y charlas, Lorde saca todo lo que lleva dentro en ese momento, por desagradable o escabroso que sea. Para ella, esa es la única manera de aceptar nuestra riqueza interior como personas, nuestras diferencias y conflictos interiores y las de las demás. Lorde nos obliga a enfrentarnos a nosotras mismas en toda plenitud, a lo bueno y lo malo. Al igual que hemos aprendido a trabajar cuando estamos cansadas, también hemos de aprender a articular nuestro dolor, miedo y recelos. Lo contrario sería un silencio interior que termina por acallar también lo mejor que llevamos dentro. Según Lorde, todo se puede utilizar para luchar contra la opresión, el racismo o la discriminación y, como ella sabe bien, se puede ser fuerte si se sabe lo que es la vulnerabilidad o valiente si se ha sentido miedo.

¿Por qué leer a Audre Lorde? Su prosa muestra las relaciones entre escritura, vida e identidad y sus reflexiones sobre las mujeres, y las mujeres negras en particular, revelan algunas de las complejidades de la identidad femenina contemporánea. Las opiniones de Lorde sobre la diferencia y la opresión siguen siendo válidas en una época como la nuestra, en la que la inmigración nos obliga a revisar nuestras relaciones con esas «otras» que antes considerábamos lejanas y ajenas. La dimensión colectiva de esta obra, esa

voz que habla desde el «yo» al «nosotras» resulta primordial porque, si el fortalecimiento individual es necesario, solo la actuación colectiva puede generar cambios sociales, políticos y económicos duraderos.

La poesía no es un lujo^[1]

La calidad de la luz con la que observamos nuestras vidas tiene un efecto directo sobre la manera en que vivimos y sobre los cambios que pretendemos lograr con nuestro vivir. En esta luz concebimos las ideas mediante las que tratamos de descubrir nuestro mundo mágico y hacerlo realidad. Y esto es la poesía entendida como iluminación, puesto que a través de la poesía damos nombre a las ideas que, hasta que surge el poema, no tienen nombre ni forma, ideas aún por nacer pero ya intuitas. La destilación de la experiencia de la que brota la auténtica poesía da a luz al pensamiento tal como los sueños dan a luz a los conceptos, o como los sentimientos dan a luz a las ideas y el conocimiento da a luz (precede) al entendimiento.

A medida que aprendemos a soportar la intimidad con esa observación constante y a florecer en ella, a medida que aprendemos a utilizar los resultados del escrutinio para fortalecer nuestra existencia, los miedos que rigen nuestras vidas y conforman nuestros silencios comienzan a perder el dominio sobre nosotras.

Todas y cada una de nosotras, las mujeres, poseemos en nuestro interior un lugar oscuro donde nuestro auténtico espíritu oculto crece y se alza, «hermoso/ y sólido como un castaño/ puntal contra (v) nuestra pesadilla de debilidad^[2]» e impotencia.

Estos ámbitos internos de potencialidad son oscuros porque son antiguos y recónditos; han sobrevivido y han cobrado fuerza en la oscuridad. En estos profundos lugares,

todas albergamos una reserva increíble de creatividad y fuerza, de emociones y sentimientos que no hemos analizado y de los que no somos conscientes. El ámbito de poder que cada mujer posee en su interior no es blanco ni superficial; es oscuro, vetusto y profundo.

Cuando concebimos el modo de vida europeo como un mero problema a resolver, pretendemos alcanzar la libertad basándonos tan solo en nuestras ideas, porque los padres blancos nos dijeron que lo valioso son las ideas.

Pero a medida que ahondamos en el contacto con nuestra conciencia ancestral y no europea, que ve la vida como una situación que debe experimentarse y con la que hay que interactuar, vamos aprendiendo a valorar nuestros sentimientos y a respetar las fuentes ocultas del poder de donde emana el verdadero conocimiento y, por tanto, la acción duradera.

Estoy convencida de que, en nuestros tiempos, las mujeres llevamos dentro la posibilidad de fusionar estas dos perspectivas, tan necesarias ambas para la supervivencia, y de que es en la poesía donde más nos acercamos a esa combinación. Me refiero a la poesía entendida como reveladora destilación de la experiencia y no al estéril juego de palabras que, tantas veces, los padres blancos han querido hacer pasar por poesía en un intento de camuflar el desesperado deseo de imaginar sin llegar a discernir.

Para las mujeres, la poesía no es un lujo. Es una necesidad vital. Ella define la calidad de la luz bajo la cual formulamos nuestras esperanzas y sueños de supervivencia y cambio, que se plasman primero en palabras, después en ideas y, por fin, en una acción más tangible. La poesía es el instrumento mediante el que nombramos lo que no tiene nombre para convertirlo en objeto del pensamiento. Los más amplios horizontes de nuestras esperanzas y miedos están empedrados con nuestros poemas, labrados en la roca de las experiencias cotidianas.

A medida que los vamos conociendo y aceptando, nuestros sentimientos, y la honesta indagación sobre ellos, se convierten en refugio y semillero de ideas radicales y atrevidas. Se convierten en baluarte de esa diferencia tan necesaria para el cambio y la conceptualización de cualquier acción fructífera. Ahora mismo podría enumerar cuando menos diez ideas que me habrían parecido intolerables, incomprensibles y pavorosas si no hubieran surgido tras un sueño o un poema. No estoy hablando de vanas fantasías, sino de una atención disciplinada al verdadero significado de la frase «me hace sentir bien». Podemos entrenarnos para respetar nuestros sentimientos y traducirlos a palabras que nos permitan compartirlos. Y cuando las palabras necesarias aún no existen, la poesía nos ayuda a concebirlas. La poesía no solo se compone de sueños y visiones; es la estructura que sustenta nuestras vidas. Es ella la que pone los cimientos de un futuro diferente, la que tiende un puente desde el miedo a lo que nunca ha existido.

Las posibilidades no son eternas ni tampoco instantáneas. No es fácil mantener la confianza en su eficacia. En algunas ocasiones, tras largos y denodados esfuerzos por construir la base de la auténtica resistencia contra las muertes que nos tocará vivir, esa base se viene abajo o se tambalea por culpa de las falacias que nos enseñaron a temer o por la pérdida de los apoyos en los que nos enseñaron a fundar nuestra seguridad. Las mujeres nos sentimos disminuidas y debilitadas por la acusación, falsamente benévola, de que somos infantiles, particularistas, volubles y sensuales. Habría que preguntarse: ¿Estoy modificando tu aura, tus ideas, tus sueños, o simplemente te estoy impulsando a tener una reacción temporal? Esta tarea, que no es sencilla, ha de entenderse en el contexto de la necesidad de un cambio auténtico en los fundamentos de nuestras vidas.

Los padres blancos nos dijeron «Pienso existo». La madre Negra que todas llevamos dentro, la poeta, nos susurra en nuestros sueños: «Siento, luego puedo ser libre». La

poesía acuña el lenguaje con el que expresar e impulsar esta exigencia revolucionaria, la puesta en práctica de la libertad.

Ahora bien, la experiencia nos ha enseñado que, además, siempre es necesaria la acción en el momento presente. Nuestros hijos no pueden soñar si no viven, no pueden vivir si no los alimentamos, y ¿quién si no podrá proporcionarles ese auténtico alimento sin el cual sus sueños no podrán ser distintos de los nuestros? «Si queréis que algún día lleguemos a cambiar el mundo, ¡por lo menos tendréis que concedernos el tiempo necesario para que nos hagamos mayores!», grita el niño.

A veces nos drogamos a base de soñar nuevas ideas. El pensamiento nos salvará. El cerebro nos liberará. Pero lo cierto es que no tenemos en reserva ideas nuevas que puedan rescatarnos como mujeres, como seres humanos. Tan solo existen las ideas viejas y olvidadas; una vez que las reconocamos en nuestro interior, podremos realizar con ellas nuevas combinaciones, nuevas extrapolaciones, y hacer acopio de valor para ponerlas en práctica. Y en todo momento hemos de infundirnos ánimo a nosotras mismas y unas a otras para poner a prueba esas acciones heréticas que están implícitas en nuestros sueños y desacreditadas por nuestra forma de pensar tradicional. Solo la poesía, desde la vanguardia de la lucha por el cambio, insinúa las posibilidades que pueden hacerse realidad. Nuestros poemas formulan las implicaciones nacidas de nuestro ser, lo que sentimos profundamente y nos atrevemos a plasmar en la realidad (al actuar en consonancia), nuestros miedos, nuestras esperanzas, nuestros más íntimos terrores.

Nuestros sentimientos no estaban llamados a sobrevivir en una estructura de vida definida por el beneficio, por el poder lineal, por la deshumanización institucionalizada. Los sentimientos se han conservado como adornos inevitables o como agradables pasatiempos, con la esperanza de que se doblegaran ante el pensamiento tal y como se esperaba